

Extraños en tierras (no tan) extrañas: antecedentes, preparativos y reconocimientos de la expedición española a México, 1857-1862

Strangers in (not so) strange lands: background, arrangements and explorations of the Spanish expedition to Mexico, 1857-1862

SERGIO A. VARGAS MATÍAS*

Recepción: 10 de enero de 2022

ISSN (impreso): 1665-8973

Aceptación: 24 de febrero de 2022

ISSN (digital): en trámite

DOI: <https://doi.org/10.25009/urhsc.v20i40.2741>

Resumen:

El presente trabajo se centra en las acciones realizadas por las fuerzas españolas que, como parte de la alianza tripartita, ocuparon el puerto de Veracruz entre finales de 1861 y principios de 1862. Desde esta perspectiva, la investigación refiere la labor de inteligencia realizada por el alto mando hispano en los años previos, que se reflejó en la elaboración de diversos reportes, mapas y planos con la intención de garantizar el éxito en caso de un futuro ataque a la plaza veracruzana. Asimismo, se detallan los reconocimientos geográficos efectuados por el ejército expedicionario durante su estadía en la zona para asegurar el control de la región comprendida entre Veracruz, Xalapa y Orizaba, y en caso necesario, incursionar tierra adentro rumbo a la capital del país, lo cual, como es sabido, finalmente no se llevó a cabo.

Palabras clave: Expedición española de 1862, Veracruz, caminos, reconocimientos geográficos, cartografía.

* División de Ciencias Sociales, Universidad de Sonora, Hermosillo, Sonora, México, e-mail: sergio.vargas@unison.mx.



Abstract:

This paper focuses on the actions carried out by the Spanish forces that, as part of the tripartite alliance, occupied the port of Veracruz between the end of 1861 and the beginning of 1862. From this perspective, the research refers to the intelligence work carried out by the Spanish high command previously, which was reflected in the elaboration of several reports, maps and plans with the intention of guaranteeing success in case of a future attack against Veracruz. Likewise, the article details how the expeditionary army, needing to control of the region between Veracruz, Xalapa and Orizaba and prepare for a possible incursion towards the country's capital, carried out a careful geographical reconnaissance during its stay in Veracruz.

Key words: Spanish Expedition of 1862, Veracruz, roads, geographical surveys, cartography.

INTRODUCCIÓN

ALO LARGO DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX, las relaciones entre México y España se caracterizaron por la tirantez y la desconfianza como resultado de múltiples factores, entre los que, como es lógico suponer, descollaban los agravios y resentimientos que subsistían tras la sangrienta —y prolongada— guerra de independencia; un conflicto que en la provincia de Veracruz se extendió todavía por algunos años más tras de la proclamación de los Tratados de Córdoba (1821), signados por Agustín de Iturbide y Juan O'Donojú, los cuales pretendieron dar término a la dominación imperial sobre el virreinato, aunque posteriormente serían desconocidos por las Cortes españolas.

En consecuencia, el estado de guerra entre ambas naciones continuó por la negativa de los comandantes realistas para entregar el puerto de Veracruz a los jefes del Ejército Trigarante, así como por la decisión de José Dávila de retirarse con sus tropas a la fortaleza de San Juan de Ulúa, donde permanecerán hasta noviembre de 1825, cuando ante la imposibilidad de recibir alimentos, pertrechos y refuerzos —gracias al efectivo bloqueo impuesto por la naciente Armada mexicana—, la guarnición española se vio obligada a capitular.

La deshonrosa rendición de las fuerzas que ocupaban el islote, no hizo sino estimular los deseos de la Corona española por recuperar la que, a

lo largo del periodo colonial, fue considerada la más importante de sus posesiones en América, por lo que durante los siguientes años se bosquejaron distintos planes para recuperar el territorio mexicano,¹ ninguno de los cuales prosperó, tanto por la falta de recursos para llevarlos a cabo como por el escaso respaldo de las potencias europeas aliadas de España, particularmente Inglaterra, que veía en los nacientes Estados americanos nuevos y lucrativos mercados.²

Pese a todo, los españoles no cesaron en sus esfuerzos. Así, en 1829, el rey Fernando VII ordenó el envío de una expedición de reconquista desde Cuba comandada por el brigadier Isidro Barradas, la cual, se esperaba, sería apoyada por un amplio sector de la población que, supuestamente, deseaba el restablecimiento del régimen colonial. Lo anterior explica las pequeñas dimensiones de la flotilla que viajó a México, integrada por unos cuantos navíos y apenas unos tres mil hombres, cifra que se redujo todavía más a causa de un fuerte ciclón que inutilizó uno de los buques en el que viajaban 400 expedicionarios, mismo que no tuvo otro remedio que abandonar la travesía y dirigirse a Nueva Orleans para ser reparado.

Contrario a lo que esperaban los hispanos, al desembarcar en las playas de Barlovento fueron recibidos con frialdad por los habitantes de la comarca, quienes decidieron abandonar sus asentamientos, privando a los expedicionarios de cualquier opción de conseguir suministros, lo que aunado al desconocimiento del terreno y las bajas ocasionadas por las condiciones climáticas de la región, les impidió incursionar tierra adentro. En consecuencia, apenas unas pocas semanas después de su arribo, y tras unos cuantos combates, las tropas españolas fueron vencidas por las fuerzas mexicanas comandadas por Antonio López de Santa Anna y Manuel de Mier y Terán.³

La invasión de Barradas alimentó la hispanofobia que de por sí ya existía en muchas capas de la sociedad, sentimiento que, en opinión de Landavazo, “se había convertido en un elemento fundamental del proceso de construcción de la identidad nacional”; por ello, no es de extrañar que los

¹ RUIZ DE GORDEJUELA URQUIJO, 2019.

² RODRÍGUEZ TAPIA, 2018; LANDAVAZO, 2018.

³ RUIZ DE GORDEJUELA URQUIJO, 2019.

sucesivos gobiernos hayan decretado en 1827, 1829 y 1833 la expulsión de los españoles que habitaban en el país, por lo que unos tres mil —más o menos la mitad del total— se vieron obligados a marcharse. Los que se quedaron, tuvieron que enfrentar una animadversión creciente.

En este punto, cabe mencionar que el encono contra los súbditos de la Corona española se utilizó también como un arma política por los grupos de tendencia liberal —pertenecientes al partido yorkino— para desacreditar a los conservadores —afiliados al partido escocés—, a quienes acusaron de confabularse con los ibéricos para que el país retornara al dominio hispano. Para ello, los liberales se valieron de la difusión de folletos y escritos en los que se tildaba a los conservadores de “traidores [...] déspotas y malvados”.

Si bien es cierto que algunos “gachupines” apoyaban al bando conservador, la aversión hacia éstos no se limitaba al aspecto ideológico pues en algunas zonas el rechazo tenía un significativo componente social, debido a los abusos cometidos por varios hacendados en contra de sus peones y las poblaciones cercanas, aun cuando en realidad el proceder de los ibéricos no difería mucho de los modos de sus similares mexicanos, lo que no impidió que el odio de los afectados se concentrara en los terratenientes hispanos, provocando varios episodios trágicos en Guerrero, Yucatán y, como veremos más adelante, Morelos.⁴

Con todo, hay que decir que, tras la muerte de Fernando VII, la situación entre México y España se distendió, lo que favoreció un paulatino entendimiento que alcanzó su punto culminante con la firma del *Tratado de paz y amistad entre esta república y S. M. C. la reina gobernadora de las Españas*, en 1836. En dicho acuerdo, la Corona española reconocía a México como una “nación libre, soberana e independiente, compuesta de los estados y países especificados en su ley constitucional”, y renunciaba “a toda pretensión al gobierno, propiedad y derecho territorial de dichos estados y países”.⁵

Pese a la firma del acuerdo, la idea de recuperar el dominio del territorio mexicano continuó rondando en los pasillos de las Cortes españolas.

⁴ LANDAVAZO, 2018, pp. 36-37.

⁵ SANTA MARÍA y CALATRAVA, 1836.

Por consiguiente, unos años más tarde, el ministro plenipotenciario de la Corona, Salvador Bermúdez de Castro, y el destacado ideólogo del conservadurismo mexicano, Lucas Alamán, urdieron un plan para establecer una monarquía en el país encabezada por un integrante de la Casa de Borbón. El proyecto contemplaba la destitución del presidente José Joaquín de Herrera con el apoyo del general Mariano Paredes y Arrillaga.

Con estas miras, los conspiradores trataron de “preparar el terreno”, persuadiendo a la opinión pública mediante la publicación del periódico *El Tiempo*, en cuyas páginas ventilaban la necesidad de retomar lo plasmado en el Plan de Iguala, y llamar a un heredero al trono español para que gobernara la nación. Sin embargo, la falta de entusiasmo de Paredes generó dudas en las autoridades peninsulares, que recelaban de las posibilidades de éxito de la conjura. Finalmente, el estallido de la guerra entre México y Estados Unidos puso fin al intento de restauración monárquica.⁶

PRESAGIOS DE TORMENTA

En las décadas siguientes la relación entre ambas naciones se deterioró progresivamente a causa de los diferendos ocasionados por el impago de diversos empréstitos contraídos por el gobierno mexicano con particulares, generalmente bajo condiciones desventajosas cuando no francamente leoninas, lo que en una época convulsa en la que la Hacienda nacional por lo regular carecía de fondos, hacía imposible que el país pudiera cumplir con sus compromisos. A lo anterior, hay que sumar los adeudos pendientes desde la consumación de la independencia, asumidos como propios por México, como parte de los tratados por los que España había reconocido la separación de los dos estados.

Por si fuera poco, el asesinato de cinco españoles en Cuernavaca en diciembre de 1856, atribuido a las fuerzas del caudillo Juan Álvarez, dificultó todavía más el entendimiento entre europeos y americanos, pues desde la perspectiva de las Cortes de Madrid, las autoridades mexicanas no manifestaban ningún interés en hallar y castigar a los autores del crimen. En consecuencia, en enero de 1857, el encargado de negocios de España en México,

⁶ VILLAVICENCIO NAVARRO, 2016, pp. 45-46.

Pedro Sorela, dispuso el rompimiento de relaciones, lo que elevó el tono de la confrontación entre ambos países a niveles sin precedentes.⁷

Al respecto, Delgado, Falcón y Sánchez sostienen que, en realidad, la ruptura se debió a la conjunción de una serie de factores, entre los que sobresalían los económicos, debido a la reiterada negativa de los gobiernos mexicanos para cumplir lo acordado en los convenios suscritos en 1847, 1851 y 1853, lo que inclusive motivó el envío de una flotilla hispana al puerto de Veracruz en 1856. A esto, hay que agregar el deseo de España de reposicionarse como una gran potencia en el escenario internacional,⁸ pues eran estas naciones “las que se arrojan el ‘derecho’ exclusivo de intervenir en otros [países] invocando esta cuestión de la justicia y del deber de velar por el cumplimiento de la ley y de los acuerdos internacionales en lo relativo a la protección de vidas y bienes de los ciudadanos y al pago de la deuda”.⁹

Al respecto, conviene recordar que durante las décadas de 1850 y 1860 del siglo XIX, España gozó de un fuerte crecimiento impulsado por el establecimiento de infraestructuras modernas, la expansión del ferrocarril, la multiplicación de las líneas telegráficas y la renovación del sistema financiero, entre otros factores, lo que estimuló el desarrollo de la actividad económica, particularmente en el norte, Cataluña y Andalucía, así como un vigoroso incremento del comercio exterior, que se duplicó entre 1852 y 1867.

Esta bonanza proporcionó al gobierno de Leopoldo O’Donnell los recursos para invertir en la modernización de sus fuerzas armadas, mejorando sus tácticas e invirtiendo en equipamiento y navíos blindados de hélice, construidos con la tecnología más avanzada del momento, lo que alentó a España a involucrarse en una serie de eventos bélicos en Asia, África y América, con miras a extender su influencia: así, entre 1857 y 1862, varios contingentes filipinos fueron enviados desde el archipiélago para luchar al lado de los franceses en Indochina; asimismo, a finales de 1859, el ejército hispano invadió el sultanato de Marruecos.

⁷ GARCÍA Y PÉREZ, 1904.

⁸ DELGADO LARIOS, 2009, pp. 48-50, SÁNCHEZ ANDRÉS, 1999, pp. 113-117.

⁹ DELGADO LARIOS, 2009, pp. 49-50.

El aparente renacimiento del poderío español coincidió con una etapa de entendimiento con Francia e Inglaterra, lo que permitió a la Corona española replantear su estrategia en relación con América, la cual en las décadas anteriores había estado condicionada por la creciente influencia de Estados Unidos, cuya política expansionista amenazaba el dominio ibérico en las Antillas. No obstante, el agravamiento de los conflictos internos en el país norteamericano —que desembocaron en el estallido de la Guerra de Secesión—, ofreció a los europeos la oportunidad intervenir en los asuntos del Nuevo Mundo.

Así, el forzoso repliegue de los estadounidenses es el factor clave para entender la inusitada actividad desarrollada por España en América en aquellos años, como lo demuestra el sorpresivo retorno de Santo Domingo al seno del Imperio en 1861, pues si bien fueron los dominicanos quienes solicitaron su anexión para contrarrestar la intervención haitiana en sus asuntos domésticos, no cabe duda que la acogida hispana no estuvo motivada por la defensa de los intereses de los isleños, sino más bien por las ventajas que le brindaba la posesión de Santo Domingo y su utilidad para “contrarrestar la creciente influencia de Washington sobre Haití, cuya actitud hacia la población esclava de Cuba suscitaba el recelo de las autoridades coloniales”.¹⁰

LOS PLANES Y PROYECTOS DE INVASIÓN

Volviendo al tema que nos ocupa, hay que decir que ante las constantes fricciones entre España y México, el alto mando hispano se dio a la tarea de recopilar la mayor cantidad de información posible para elaborar un hipotético plan de desembarco en tierras mexicanas, en caso de que estallaran las hostilidades. Así, en junio de 1857, el capitán general de Cuba mandó que se hiciera un minucioso reconocimiento a la plaza veracruzana y sus alrededores, para lo cual comisionó al teniente de infantería Hipólito Llorente y al capitán de ingenieros José Echavarría,¹¹ quienes

¹⁰ SÁNCHEZ ANDRÉS, 1999, p. 110.

¹¹ Archivo General Militar de Madrid (en adelante AGMM), col. Archidoc, 5379.5, ff. 1-2, del capitán general de Cuba al ministro de la Guerra, La Habana, 12 de junio de 1857.

debieron sortear múltiples dificultades para cumplir su misión, dado el clima de tensión que prevalecía en la ciudad.¹²

La atención de los comisionados se centró en las fortificaciones que resguardaban el recinto, así como en las posiciones entre Veracruz, Medellín, Puente Nacional y La Soledad, estas últimas consideradas de suma importancia para dominar las dos rutas del Camino Nacional que conducía a la Ciudad de México. Según ellos, las defensas de la plaza eran de poca importancia, pues la muralla que la circundaba no era más que una “simple tapia aspillera” de 16 a 18 pies de altura y unos tres de espesor. Lo mismo podía decirse de sus baluartes, ya que con excepción de los de Santiago y de La Concepción, los demás eran pequeños y estaban mal distribuidos (véase Figura 1).¹³

En cuanto a la fortaleza de San Juan de Ulúa, era evidente su mal estado debido a los ataques de la escuadra francesa en 1838 y de las fuerzas estadounidenses que tomaron el puerto de Veracruz en 1847, los cuales provocaron graves daños en el baluarte de San Pedro, dejándolo prácticamente inservible, “porque a los primeros disparos que sufriese se arruinaría”, con lo que también se perdería la torre del fanal colocada en dicho bastión. Por si fuera poco, los muros de la cortina que unían aquel baluarte con el de San Crispín y las baterías de San Miguel y Guadalupe estaban muy deteriorados, e incluso había algunas secciones que estaban a punto de derrumbarse.¹⁴

A los ya mencionados, habría que agregar otros desperfectos de tipo estructural en la fortaleza, como los de su sistema de aljibes, que supuestamente era suficiente para almacenar hasta 90 000 pies cúbicos de agua, pero cuya capacidad era en realidad considerablemente menor, ya que las filtraciones del agua de mar habían inutilizado varias de las cisternas. En consecuencia, aunque en teoría San Juan de Ulúa podía albergar hasta dos mil quinientos hombres, en aquel momento sólo podía alojar una guarnición de cien elementos.

¹² AGMM, col. Archidoc, 5379.5, f. 7, *Memoria sobre Veracruz, su plaza, castillo e inmediaciones*, de Hipólito Llorente y José Echavarría al capitán general de Cuba, La Habana, 10 de junio de 1857.

¹³ AGMM, col. Archidoc, 5379.5, f. 15, *Memoria sobre Veracruz, su plaza, castillo e inmediaciones*, de Hipólito Llorente y José Echavarría al capitán general de Cuba, La Habana, 10 de junio de 1857.

¹⁴ AGMM, Col. Archidoc, 5379.5, ff. 7-8, *Memoria sobre Veracruz, su plaza, castillo e inmediaciones*, de Hipólito Llorente y José Echavarría al capitán general de Cuba, La Habana, 10 de junio de 1857.

Al respecto, cabe señalar que ante la falta de recursos de la Hacienda nacional para solventar la enorme inversión necesaria para reparar la fortaleza, numerosas voces habían planteado la posibilidad de desmontar su artillería y abandonarla, pues resultaba ilusorio pensar que en tales condiciones el castillo fuera capaz de proteger a la plaza veracruzana, tal como había quedado demostrado durante las incursiones de los franceses y los estadounidenses.¹⁵

Más allá de lo anterior, la parte más relevante del informe de Llorente y Echavarría se refiere a la inspección que hicieron de las vías de comunicación, para lo cual recorrieron diversos segmentos del Camino Nacional, que discurría a través de dos rutas principales: una por Córdoba y Orizaba y otra por Xalapa y Perote, mismas que se unían en las inmediaciones de Amozoc, a unas cuatro leguas de Puebla y a 32 de la Ciudad de México. En opinión de los comisionados, el estado de ambas carreteras era “bien triste”, aunque en la ruta Veracruz-Xalapa todavía permanecían algunos tramos de calzada.¹⁶

La ruta Veracruz-Córdoba-Orizaba

El primer itinerario salía de la Puerta de la Merced rumbo a la estación del ferrocarril situada enfrente del baluarte de Santa Bárbara. A dos millas de la terminal, a un lado de la primera curva del recorrido, estaba la Casamata o almacén de pólvora de la ciudad, y contiguo a éste, un pequeño cuerpo de guardia. En el documento se señala que tanto el telégrafo como las cañerías que surtían de agua a la ciudad corrían paralelos al camino, “circunstancias [que] conviene las tenga presente el ejército que haga un desembarco con objeto de atacar a Veracruz”.¹⁷

El itinerario transitaba por numerosos asentamientos y rancherías, casi todos rústicos, pobres y escasamente poblados: La Rivera, La Tejería

¹⁵ AGMM, col. Archidoc, 5379.5, ff. 26-27, *Memoria sobre Veracruz, su plaza, castillo e inmediaciones*, de Hipólito Llorente y José Echavarría al capitán General de Cuba, La Habana, 10 de junio de 1857.

¹⁶ AGMM, col. Archidoc, 5379.5, ff. 45-46, *Memoria sobre Veracruz, su plaza, castillo e inmediaciones*, de Hipólito Llorente y José Echavarría al capitán general de Cuba, La Habana, 10 de junio de 1857.

¹⁷ AGMM, col. Archidoc, 5379.5, ff. 49-50, *Itinerario del camino de Veracruz a México pasando por Córdoba y Orizaba*, de Hipólito Llorente y José Echavarría al capitán general de Cuba, La Habana, 10 de junio de 1857.

(donde había una estación de trenes), Cruz del Ángel, Mata Cordero, Santa Ana, Arroyo de Piedra, Mata la India, La Soledad (el más importante de todos), junto al río Jamapa (véase Figura 2); El Sordo, Palo Verde, Paso Ancho (punto medio entre Veracruz y Orizaba), Tres Encinas, Paso del Macho y Salsipuedes.¹⁸

En las inmediaciones de estas últimas poblaciones, había varios puentes de un arco, sólidamente contruidos en piedra.¹⁹ Más adelante estaba una subida, que partía de El Chiquihuite y llegaba hasta Atoyac, donde había otro puente que atravesaba una barranca “sumamente profunda”. En opinión de los militares españoles, este cerro era una posición “ventajósísima”, ideal para dominar todos los puntos circundantes, tal como había quedado demostrado durante la guerra de independencia “y recientemente en las guerras civiles”.

El trayecto continuaba por la hacienda de El Potrero, Río Seco y Peñuela hasta llegar a las villas de Córdoba y Orizaba, las poblaciones más importantes de la región; en el medio estaba Fortín, en cuyos alrededores los realistas edificaron un bastión en 1816²⁰ del que sólo quedaban algunas ruinas. Cabe señalar que los comisionados refieren otro sitio que, al parecer, también estuvo fortificado: la hacienda de El Fortín, de lo cual no aportan mayores datos.²¹ En esta área sobresalían el puente de San Miguel, que juzgan “bastante bueno”, y el de “Contlapa” —posiblemente, el de San José Cuautlapan, construido en el periodo virreinal—, contiguo a un “ranchito insignificante”.

La ruta Veracruz-Xalapa-Perote

En cuanto al itinerario Veracruz-Xalapa-Perote, los comisionados explicaban que había dos rutas: la primera, salía de por la puerta de México y pa-

¹⁸ AGMM, col. Archidoc, 5379.5, ff. 50-53, *Itinerario del camino de Veracruz a México pasando por Córdoba y Orizaba*, de Hipólito Llorente y José Echavarría al capitán general de Cuba, La Habana, 10 de junio de 1857.

¹⁹ La mayoría de estos puentes subsisten en la actualidad.

²⁰ VARGAS MATÍAS, 2022, pp. 187-188.

²¹ AGMM, col. Archidoc, 5379.5, ff. 50-53, *Itinerario del camino de Veracruz a México pasando por Córdoba y Orizaba*, de Hipólito Llorente y José Echavarría al capitán general de Cuba, La Habana, 10 de junio de 1857.

saba por Vergara y Santa Fe, asentamientos poco relevantes. Más adelante, estaban Boca del Potrero y San Juan, así como algunos ranchos. En esta zona, como en buena parte de la travesía, el camino estaba casi destruido y era intransitable en tiempo de aguas, por lo que los trajinantes preferían circular por alguno de los innumerables senderos que lo atravesaban.

La vía continuaba por Manantial y Tolome hasta llegar a Paso de Ovejas, el punto más notable de la comarca, pues contaba con numerosas casas de mampostería, varias tiendas y un puente de material. Más adelante, se hallaba Puente Nacional, localidad un tanto más modesta que la anterior, pero que estratégicamente era mucho más interesante, ya que, además de sus dos imponentes puentes, contaba con la hacienda de Paso de Varas —alguna vez propiedad de Antonio López de Santa Anna—, así como con un pequeño cuartel. El trayecto estaba dominado por montes de gran altura desde los cuales podía impedirse el paso a cualquier fuerza enemiga, como lo atestiguaban los restos de un par de fortines construidos durante la guerra de independencia.

Además de este derrotero, existía otro de Veracruz a Puente Nacional, mismo que era poco usado debido a lo incómodo de su trayectoria, por lo que era útil para el envío de correos extraordinarios; este camino recorría la costa hasta llegar a La Antigua, situada a seis leguas de Veracruz y a cinco de Puente Nacional; de allí, continuaba por Plan del Río, Corral Falso, El Encero, Xalapa, La Joya y Las Vigas, hasta llegar a Perote.

¿Intervención limitada o guerra total?

Aunque los militares hispanos consideraban muy poco probable una guerra a gran escala con México, era evidente que debían sopesarse todos los escenarios posibles, por lo cual evaluaron distintas opciones para encarar tal eventualidad. Así, de acuerdo con sus cálculos, para conquistar el país —o por lo menos para controlarlo—, sería necesario organizar una expedición conformada por unos veinte o veinticinco mil hombres para ocupar no sólo Veracruz, sino también otras posiciones de interés como Tampico y Campeche.

En caso de que la resistencia de los mexicanos fuera tal que hiciera imposible tomar San Juan de Ulúa, los comisionados proponían realizar un desem-

barco por sorpresa en Nautla, población enclavada a unas 30 leguas al norte de Veracruz. Desde ese punto, las tropas marcharían a Jicaltepec, localidad ubicada a cuatro leguas de la costa, donde “no se conoce el vómito [prieto]”; allí se aprovisionarían para después marchar rumbo a la Tierra Fría.

De esta manera el ejército español evitaría cruzar la “gran cordillera de la sierra” y, sobre todo, pasar por “la fuerte posición de Puente Nacional, dejando a los mexicanos burlados, obligándoles a desistir de auxiliar a Veracruz y a retroceder”, sin darles tiempo a reaccionar para impedir el arribo del cuerpo expedicionario a Puebla que, a su paso por Tlapacoyan, Teziutlán y Nopalucan, podría abastecerse de víveres suficientes para la travesía.

Como ya se dijo, los comisionados consideraban muy difícil que el conflicto desembocara en una conflagración abierta, por lo que centraron su atención en la conquista de San Juan de Ulúa, pues con esto se lograría la rendición del puerto veracruzano; para ello, suponían que bastaría con una fuerza de unos dos mil o tres mil hombres. La toma de la ciudad era crucial para el éxito de la misión, pues además de ser la plaza más fuerte del país, su aduana producía la cuarta parte de los ingresos totales del gobierno nacional.

Hay que decir que aunque en los informes de Llorente y Echavarría se trasluce su poco aprecio por las capacidades del ejército mexicano, no por ello incurrieron en un optimismo desmedido, pues contemplaron también la posibilidad de que la Marina española fuera incapaz de tomar el castillo de Ulúa, en cuyo caso se requeriría de una división integrada por al menos unos doce mil hombres para sitiar Veracruz. Este escenario les parecía sumamente peligroso, no sólo porque entrañaba el riesgo de que el conflicto escalara a alturas insospechadas, sino porque probablemente encendería en “el país el espíritu y el orgullo nacional”.²²

Unos meses después, el cónsul español en Veracruz notificó al capitán general de Cuba que los mexicanos habían construido cinco nuevos reducidos en las afueras de la plaza, “de a dos y tres troneras cada uno”: el primero frente a la Puerta de México; el segundo entre dicha entrada y el fortín de San Mateo, ambos colocados a unos 30 metros de la muralla. El terce-

²² AGMM, col. Archidoc, 5379.5, ff. 31-32, de Hipólito Llorente y José Echavarría al capitán general de Cuba, La Habana, 10 de junio de 1857.

ro, estaba a unos cuantos pasos de la Noria. Según el diplomático, los tres edificios eran fortificaciones de tipo provisional, fabricados con arena y tablas sostenidas con vigas clavadas en el suelo.

El cuarto estaba situado en las cercanías del fortín de Santa Bárbara, y el quinto entre la Puerta de la Merced y el baluarte contiguo. Como los anteriores, estos reductos también eran defensas de campaña. Para apuntalar su débil constitución, los inmuebles estaban rodeados por fosos de tres varas de ancho por una de profundidad. No obstante, en opinión del cónsul, todas estas defensas resultaban poco funcionales, pues apenas llegara noviembre, quedarían sepultadas por la arena arrastrada por los “nortes” que soplaban en esas fechas; en total, existían 10 bastiones con estas características en el exterior del recinto (véase Figura 3).²³

En los años venideros, el caos ocasionado por las revueltas internas obligó al gobierno de Ignacio Comonfort a suspender los pagos de la deuda con España con el propósito de revisar la validez de los empréstitos, tras lo cual se negó a saldar 2.4 millones que se consideraron irregulares y congeló los abonos para liquidar los 5.1 millones restantes.²⁴ Al estallar la guerra civil entre liberales y conservadores, ambas facciones buscaron apoyo en el exterior: en abril de 1859, Estados Unidos reconoció al gobierno de Benito Juárez como el único legítimo, por lo que Miramón volteó a Europa; así, con el auspicio de Francia e Inglaterra, el *Joven Macabeo* restableció las relaciones con España, gracias a lo cual se firmó el Tratado Mon-Almonte (1859)²⁵ que “ratificaba la convención de 1853 y fijaba indemnizaciones por los asesinatos de españoles en 1856”.

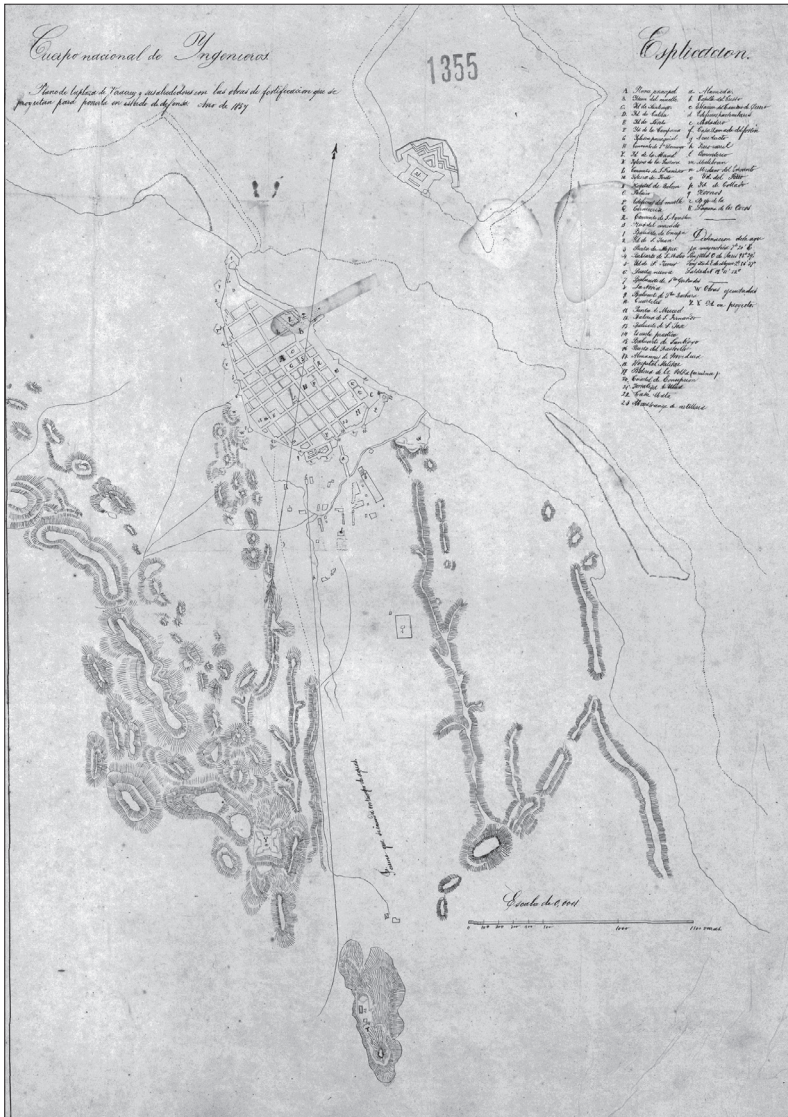
Como era de esperarse, los liberales, que se mantenían en pie de guerra en Veracruz, desconocieron el acuerdo, por lo que el gobierno español envió al embajador Joaquín Francisco Pacheco para tratar de llegar a un arreglo, pues ya para entonces todo parecía indicar que la balanza se inclinaría en favor de éstos; empero, una vez derrotados los conservadores, Juárez expulsó al diplomático del país (enero de 1861), como represalia por el reconocimiento otorgado por la Corona española a sus enemigos.

²³ AGMM, col. Archidoc, 5379.6, ff. 130-132, del capitán general de Cuba al ministro de la Guerra, La Habana, 12 de agosto de 1857.

²⁴ SANTIRSO, 2021.

²⁵ FALCÓN, 1996, p. 228.

FIGURA 3



FUENTE: Mapoteca Orozco y Berra, *Plano de la plaza de Veracruz y sus alrededores con las obras de fortificación que se proyectan para ponerla en estado de defensa, 1857.*

Unos meses más tarde (julio de 1861), el gobierno juarista decretó la suspensión por dos años del pago de las deudas con el exterior.²⁶

La decisión de Juárez fue vista como una afrenta por Inglaterra, Francia y España, quienes estudiaron diversas opciones para responder de forma conjunta al desafío, entre ellas, la de enviar una expedición militar para obligar a México a reanudar los pagos. Para evitar cualquier posible intromisión de Estados Unidos, los europeos los invitaron a participar en las operaciones, pero fueron rechazados por los estadounidenses, quienes, además, les advirtieron que reprobaban tal medida, pues la consideraban “una interferencia directa en los asuntos internos de América”.

Al respecto, no está de más recordar que desde 1823, con la proclamación de la Doctrina Monroe, los estadounidenses habían avisado a las potencias del Viejo Mundo que “los continentes americanos, por la condición de libres e independientes que han adquirido y mantienen, no deben en lo adelante ser considerados como objetos de una colonización futura por ninguna potencia europea”, por lo que verían “cualquier intento por su parte de extender su sistema a cualquier porción de este hemisferio como peligroso para nuestra paz y seguridad”, y por ende, entenderían “cualquier interposición para el propósito de oprimirlos o de controlar en cualquier otra manera sus destinos [...] como una manifestación de una disposición no amistosa hacia los Estados Unidos”.²⁷

No obstante, dado que el Coloso del Norte continuaba inmerso en su devastadora guerra civil, a fines de octubre de 1861, por medio de la Convención de Londres, se formalizó la Alianza Tripartita.²⁸ Hay que decir que si bien en dicho acuerdo se estipulaba que las naves de las tres potencias desembarcarían simultáneamente en México, ya desde un mes antes el alto mando hispano había ordenado a la Capitanía General de Cuba que enviara una poderosa flota a Veracruz. Según García Pérez, la prisa de los españoles se explica por su deseo “de apoderarse de México, ayudar al partido reaccionario o conservador e implantar una monarquía en su antigua colonia”;²⁹

²⁶ SANTIRSO, 2021.

²⁷ ORGANIZACIÓN DE LOS ESTADOS AMERICANOS, s. f.

²⁸ FALCÓN, 1996, pp. 228, 233.

²⁹ GARCÍA Y PÉREZ, 1904, p. 72.

para Falcón, la decisión obedeció más bien al temor de que franceses y británicos se adueñaran primero de las aduanas de Veracruz y Tampico.³⁰

Conjeturas aparte, lo cierto es que, por lo menos en el papel, las órdenes dadas al capitán general de Cuba eran muy claras en cuanto a los propósitos de la expedición:

- 1.^a Satisfacción por la expulsión del embajador D. Francisco Pacheco;
- 2.^a Reconocimiento del Tratado Mon-Almonte;
- 3.^a Indemnizaciones por los asesinatos y vejaciones de que hubiesen sido objeto los ciudadanos españoles en la república;
- 4.^a Abono de los intereses correspondientes a la demora que habían sufrido los acreedores españoles por la suspensión del Tratado de 1853; y
- 5.^a Devolución o abono del valor de la fragata Concepción e indemnización de perjuicios a sus propietarios y cargadores.³¹

LA INTERVENCIÓN ESPAÑOLA

La llegada de la escuadra ibérica causó una gran conmoción en el puerto de Veracruz, como lo reportó el periódico *El Progreso*, que destacaba la curiosa composición de su fuerza, “demasiado numerosa para ocupar una ciudad y un castillo desmantelados y vacíos, y demasiado pequeña si se trata de avanzar al interior de la república” (véase Tabla 1). Más aún, este medio deploraba que el desembarco se hubiera producido sin un ultimátum o declaración de guerra, lo que, desde su punto de vista, le daba a México la libertad de actuar “como mejor convenga a nuestra situación y nuestras fuerzas”.³²

Una vez posesionados de la plaza, los hispanos inspeccionaron las zonas cercanas para identificar las posiciones más interesantes desde la perspectiva militar; entre tales puntos, sobresalían dos: el Mégano [Médaño] del Perro y la Casamata. El primero ofrecía al enemigo la posibilidad de avanzar a cubierto sobre la plaza y colocar sus baterías para atacarla, tal como había ocurrido en los conflictos ocurridos en los años previos.

³⁰ FALCÓN, 1996, pp. 228, 233.

³¹ GARCÍA Y PÉREZ, 1904, p. 73.

³² ORTUÑO MARTÍNEZ, 2011, pp. 206-207.

TABLA I
TROPAS ESPAÑOLAS ENVIADAS A MÉXICO

ARMAS		FUERZA QUE EMBARCO		MUERTOS		FUERZA QUE PRESENTE		ENFERMOS		QUEDAN DISPONIBLES							
		Jefes	Oficiales	Tropa	Ganado	Jefes	Oficiales	Tropa	Ganado	Jefes	Oficiales	Tropa	Ganado				
Infantería	1.er batallón de infantería del rey	3	40	826	5		3	40	326	5		6		3	40	820	5
	2.º batallón de infantería del rey	2	44	780	3	10	2	44	776	3		14		2	44	762	3
	Napoles 1.ª	2	43	862	2	1	2	43	861	2		1		2	43	860	2
	Cuba 2.ª	2	45	844	3		2	45	844	3		4		2	45	840	3
Guardia civil	Cazadores de Ballén	2	47	829	2	1	2	46	829	2		22		2	46	807	2
Ingenieros	Cazadores de la Unión	2	44	786	3	1	2	44	785	3		6		2	44	779	3
Artillería			1	34				1	34						1	34	
			7	201	9			7	201	9		3			7	198	9
Caballería	De a pie	1	15	328	1	1	1	15	326	1				1	15	326	1
	De montaña		6	130	84	3		6	127	84					6	127	84
	Rey	1	8	151	135		6	8	151	129		5	5	1	8	146	124
	TOTALES	15	300	5777	247	1	17	6	5760	241		61	5	15	299	5699	236

NOTAS

1ª En el cuartel general no ha habido alteración alguna durante la navegación.

2ª Aún no ha desembarcado la compañía de artillería de montaña y una sección de caballería.

3ª Tampoco ha habido alteración en las secciones de obreros y enfermeros militares, cuya fuerza es de 60 individuos.

Veracruz, 20 de diciembre de 1861. El coronel[.] teniente coronel primer Jefe de Estado Mayor, Juan Vidarre. Es copia. El coronel graduado, teniente coronel Jefe de Estado Mayor interino, Félix Ferrer.

FUENTE: *Gaceta de Madrid*, miércoles 29 de enero de 1861.

Además, por sus características, el terreno era idóneo para que sus tropas acamparan a salvo de cualquier ataque.

Por otra parte, hay que señalar que, por su ubicación, la Casamata (véase Figura 4) era la “llave” para controlar toda la playa de Mocambo, por lo que en caso de que los mexicanos planearan un contraataque, era seguro que intentarían ocuparla, ya fuera para emprender alguna operación contra la ciudad, o bien para garantizar la mutua protección de este punto y el Médano del Perro, pues al dominar la Casamata quedaba asegurada la defensa del flanco derecho de las fuerzas que se hallaran acuarteladas en dicho médano.³³

FIGURA 4



Supuesta imagen de la Casamata de Veracruz, s. f.

FUENTE: <https://www.facebook.com/photo/?fbid=4278567042154516&set=basw.Abr3gTslk6yFYWIoZWmIUsFTi7htBdRM8->

³³ Centro Geográfico del Ejército (en adelante CGE), 7-I-3, *Memoria del reconocimiento de Veracruz, Castillo de San Juan de Ulúa e inmediaciones de la plaza, en la extensión que indica en plano adjunto verificado con la brújula de Bounier*, Sabino Gamir, Veracruz, febrero de 1862.

Paisaje, caminos y estrategia

En las siguientes semanas se hicieron nuevas exploraciones de las vías que salían de la plaza; según el comandante Fructuoso de Miguel, tanto la que iba por Córdoba y Orizaba como la que pasaba por Xalapa y Perote estaban en condiciones deplorables por la falta de cuidado y el uso excesivo, pues eran las únicas habilitadas para el paso de carruajes. Algo similar ocurría con las rutas vecinales, aún más deterioradas y que carecían de puentes y terraplenes, pues se habían trazado según las necesidades del momento. Aunque en su mayoría dichos recorridos apenas permitían el paso de los jinetes, los militares españoles juzgaron que, por su tipo de suelo, algunas podrían habilitarse para el tránsito de carretas.

Con todo, la atención del alto mando se centró en las vías principales: así, se realizó un minucioso reconocimiento del itinerario Veracruz-Xalapa-Perote, a lo largo del cual se hallaban numerosas poblaciones, varias de ellas de cierta relevancia, como Paso de Ovejas, La Joya y Xalapa, la más importante de la región, así como Puente Nacional y Plan del Río, localidades que, como ya se ha dicho, por sus características topográficas resultaban cruciales para controlar el trayecto hacia la tierra fría.

En opinión del estratega español, la posición de Puente Nacional era vital, ya que ahí confluían dos de los derroteros que llevaban a Veracruz y otro que se dirigía a San Antonio Huatusco, punto equidistante entre Xalapa y Córdoba. En esta zona destacaba el enorme puente que daba nombre a la población, así como una vieja fortificación (probablemente la atalaya de La Concepción, erigida por Guadalupe Victoria durante la guerra de independencia) situada en uno de los cerros a la izquierda del camino.

Más adelante estaba Plan del Río, donde había un fortín semidestruido (con toda seguridad, el de Órdenes Militares, edificado en 1816 por el comandante realista Fernando Miyares),³⁴ un puente de regulares dimensiones y una “grande hacienda con una hermosa casa de piedra capaz de grandes recursos”. En esta área el terreno era montuoso y el trazo del camino discurría sobre “roca viva” hasta Cerro Gordo, otra posición es-

³⁴ VARGAS MATÍAS, 2019, pp. 89-92.

tratégica por su elevación; allí, la superficie era “tan movediza que apenas permite caminar sobre ella”.

El recorrido continuaba por un trayecto sinuoso de tierra hasta Corral Falso, donde se hallaba un edificio que los expedicionarios confundieron con un “fuerte”, pero que en realidad era un telefre o torre de telegrafía óptica, erigido como en los casos anteriores durante la guerra de independencia.³⁵ El itinerario continuaba alternando subidas y bajadas por El Encero, Xalapa, Sedeño, La Joya, Las Vigas y Cruz Blanca, hasta llegar a Perote, población situada en un “llano inmenso desnudo de vegetación”, en cuyas inmediaciones estaba la fortaleza de San Carlos.

En cuanto a la ruta Veracruz-Córdoba-Orizaba, ésta pasaba por terrenos planos donde no había asentamientos de importancia, salvo por La Soledad, población inmediata al río Jamapa, ubicada a poco más de 10 leguas de Veracruz, donde existía un puente de enormes dimensiones. Para los españoles, este punto era de enorme importancia por su cercanía a Medellín y su conexión con San Antonio Huatusco.

A unas leguas de La Soledad estaba la posición de El Chiquihuite, donde confluían los ríos de San Alejo, Chiquihuite y Atoyac. Dicho enclave tenía también una relevancia significativa, ya que por sus condiciones topográficas —rodeado por barrancas muy escarpadas, “en terrenos en extremo montañosos”—, constituía un enorme reto para cualquier ejército que quisiera superarlo, aunque “no tanto como la pública fama ha tratado de exagerar”.

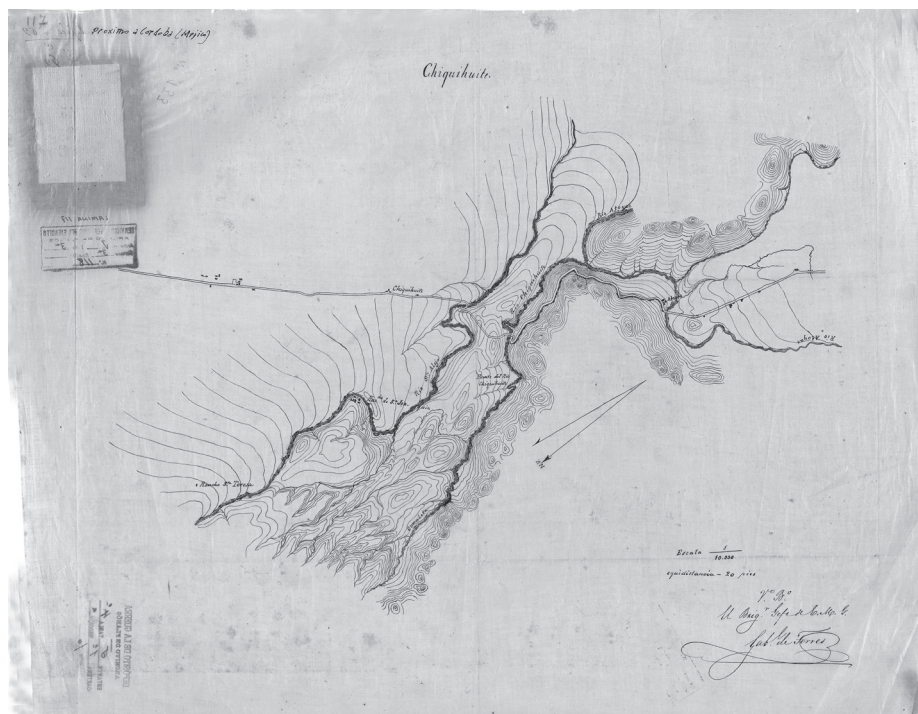
Siguiendo el recorrido, estaba el río Seco, afluente del río Atoyac que “cortaba” el trayecto entre El Potrero y Peñuela. Para atravesarlo únicamente había un frágil puente que debía repararse si se quería que soportara el paso de tropas y pertrechos. Más adelante, entre Córdoba y Orizaba, se hallaba El Fortín, sitio que, como ya se ha dicho, tenía cierta reputación como una posición a tomar en cuenta en caso de que se desataran las hostilidades.³⁶

³⁵ VARGAS MATÍAS, 2020.

³⁶ CGE, 7-I-4, *Reconocimiento de los caminos entre Veracruz, Perote y Orizaba*, Fructuoso de Miguel, Veracruz, 27 de enero de 1862.

Semanas después, el alto mando español comisionó a Sabino Gamir y Antonio Martínez para que inspeccionaran el área comprendida entre Paso del Macho, San Juan de la Punta y Peñuela, pues se estimaba que su conocimiento y control eran de importancia capital, ya que justo ahí, en las barrancas de El Chiquihuite (véase Figura 5), el ejército nacional había montado un fuerte dispositivo de defensa para frenar el avance de los aliados, tal como lo refiere Charles Lempriere, representante del gobierno inglés:

FIGURA 5



FUENTE: CGE, *Chiquihuite*, s. f.

Aquí encontramos al capitán del puerto de Veracruz, el sr. Foster, un intrépido danés que sirvió en la Marina inglesa, rodeado de los lancheros [¿lanceros?] de Veracruz, quienes, junto con su población masculina, habían dejado la ciudad cuando fue ocupada por los españoles. Foster no había permanecido ocioso: en cada punto disponible había colocado uno de los grandes cañones de 68 libras que habían sido trasladados del fuerte

de San Juan de Ulúa y ahora estaban en posición, custodiados por los mismos hombres que los usaron con tan terrible efecto contra Miramón, cuando tan desafortunadamente intentó bombardear la ciudad en 1859. [...] Todos los árboles que estorbaban a la línea de tiro de los cañones habían sido cortados, y el llano de tres millas, así como todas las entradas, estaban dominadas por lo cañones en posición.³⁷

Saliendo de Paso del Macho, la ruta carretera continuaba hasta El Chiquihuite. A un kilómetro de allí, se desprendía un camino de herradura que atravesaba un terreno llano y firme, el cual podía habilitarse para el tránsito de vehículo de ruedas, cubierto de bosques con grandes extensiones de pastizales hasta llegar al rancho de Cruz, de donde partía otro itinerario que llevaba a Tres Encinos.

Del rancho de Cruz el camino seguía el contorno de la Sierra Madre hasta a descender a una sima, llamada también de Cruz, donde había un sendero apropiado para el paso de jinetes y que, con los arreglos necesarios, podía ser utilizado para la circulación de carruajes, si bien se advertía que en épocas de lluvias sería intransitable.

El recorrido continuaba por una colina cubierta de árboles de jaral; más adelante, la vegetación se tornaba más espesa, con numerosos encinos, hasta llegar a la gran barranca de San Alejo. Para atravesarla, existían tres opciones: el paso de Fragua, por el que únicamente podían circular la caballería y la artillería de montaña; el de Mulas, apto sólo para la infantería, y el Remudadero, el cual permitía el tránsito de acémilas cargadas.

Cuatro kilómetros más adelante, estaba el paso de Los Micos, “poco frecuentado [...] y difícil”, rodeado de muros de 20 a 30 metros altura, con un afluente de 20 metros de ancho, de corriente rápida y “agua bastante”, que cubría a los jinetes hasta las rodillas y cuyo lecho rocoso de piedras sueltas, lo hacían inadecuado para el traslado de la caballería e incluso para la infantería, ya que para cruzarlo tendrían que usarse balsas o habilitar puentes colgantes.

A dos kilómetros de distancia estaba el barranco de Punta Chica, por el que corría un riachuelo poco profundo pero impetuoso, a pesar de lo cual podía pasarse sin mayores dificultades. De ahí, se llegaba a una meseta con grandes espacios de pastura para el ganado hasta el rancho de

³⁷ LEMPRIERE, 1992, p. 126.

San Cayetano y, un kilómetro más adelante, al río Seco, que en tiempo de estiaje tenía muy poca agua pero que en temporada de lluvias concentraba los escurrimientos de los afluentes cercanos a Córdoba, Potrero, San Lorenzo y San Juan de la Punta.

Prosiguiendo el recorrido, se hallaban un par de ranchos minúsculos y, luego, el trapiche de Mesa, del que sólo quedaban un par de edificios ruinosos y una “muy buena casa de habitación”. Cabe señalar que el camino pasaba entre los viejos inmuebles, circunstancia por demás interesante desde el punto de vista militar.

Un kilómetro después estaba San Juan de la Punta, localidad de cierta importancia por ser cabecera de partido, residencia del juez y parroquia. El pueblo estaba formado por unas noventa casas, contaba con un templo católico y en sus alrededores se producía algodón, frijol, tabaco, café, plátanos, naranjas y otros cultivos. De allí, partía un sendero en condiciones aceptables hasta llegar a un pozo y, luego, a la ranchería de San Francisco, congregación formada por una veintena de casas desperdigadas a la derecha del camino; a dos kilómetros estaba el rancho de Palmillas, y a cuatro, El Molino; un poco más adelante, la ranchería de Tejería.

A un kilómetro, sobre una colina, rodeado por el bosque, estaba San Lorenzo, pueblo formado por unas cuarenta casas, de las cuales unas catorce formaban una plaza atravesada por la avenida, defendida por una trinchera doble de troncos apuntalada con cascajo, cuyo perímetro dibujaba un hornabeque frente a la vía, abierto por la gola. El ramal que salía de San Lorenzo estaba en buenas condiciones y llevaba a una ranchería (cuyo nombre es ilegible en el documento).

Más adelante, estaba Venta Parada, donde iniciaba un suave descenso rumbo al arroyo homónimo; de ahí, el trayecto discurría por un derrotero apto para carruajes, subiendo hasta encontrar, a unos ocho kilómetros, el camino carretero a la altura de la ranchería de Peñuela, ubicada a unos seis kilómetros de Córdoba (véase Figura 6).

Hecho el reconocimiento, los estrategas españoles analizaron los aspectos estratégicos y tácticos pertinentes para delinear los pasos a seguir en caso de que fuera necesario avanzar al interior del país. En su opinión, la posición más fuerte de la ruta principal del trayecto Orizaba-Veracruz era la de El Chiquihuite, por lo que para evitar dicho escollo sugerían usar el

FIGURA 6



Fuente: CGE, *Croquis itinerario de Paso Ancho a Córdoba por Tepatlaxco y Pueblo Viejo y Ocotitlán*, s. f.

itinerario que discurría por San Juan de la Punta y San Lorenzo, ya que ambas localidades eran fácilmente franqueables.

Para ello proponían enviar una columna de infantería ligera respaldada por cuerpos de artillería y caballería, que marcharía por los pasos de El Remudadero, en el barranco de San Alejo y el de los Micos, cuyo recorrido presentaba ciertas dificultades que, sin embargo, eran superables, ya que a diferencia de otros no estaba dominado por las alturas y tenía la ventaja adicional de que en caso de un ataque por sorpresa, las tropas podrían ponerse a cubierto en los espesos bosques de los alrededores. Por si fuera poco, el trayecto ofrecía agua y forraje en abundancia.³⁸

³⁸ CGE, 7-I-5, *Memoria sobre el camino que conduce desde el Paso del Macho a San Juan de la Cuesta y a Peñuela*, Sabino Gamir y Arsenio Martínez de Campos, Córdoba, 6 de marzo de 1862.

El fin de la aventura

Con el paso de las semanas, comenzaron a aflorar las diferencias entre las posturas de los aliados, pues mientras que el jefe de las fuerzas hispanas, Juan Prim, y el de las británicas, Charles Wyke, insistían en ceñirse a lo estipulado en la Convención de Londres y limitar sus reclamaciones al pago de los adeudos pendientes, los jefes franceses, Dubois de Saligny y Jurien de la Gravière, adoptaron una actitud cada vez más intransigente, rechazando casi todas las proposiciones del gobierno mexicano y aduciendo su falta de legitimidad, y se empeñaron en tratar de persuadir a sus colegas de la necesidad de avanzar a la Ciudad de México.

La agresiva postura de los militares galos finalmente convenció a Prim y Wyke de que la participación de Francia en la expedición en realidad tenía poco que ver con las demandas que habían originado la Alianza Tripartita, y que más bien sus planes se enfocaban en lograr la destitución de Juárez para establecer en su lugar un régimen monárquico favorable a los intereses de Napoleón III, quien deseaba contener la expansión de Estados Unidos en el Nuevo Mundo. Ante las evidencias, los españoles e ingleses se apresuraron a llegar a un acuerdo con el gobierno mexicano, dando por concluida su participación en la aventura.

COMENTARIOS FINALES

Como hemos visto, a lo largo del siglo XIX la relación entre México y España se vio afectada por múltiples factores que dificultaron el entendimiento entre ambas naciones, entre los que destacan la inestabilidad política predominante en nuestro país y los afanes de reconquista de la Corona española. Por tanto, puede decirse que el tratado de amistad suscrito en 1836 no fue más que un interludio en el complejo proceso de reconciliación entre un país que luchaba por consolidarse como un Estado y un Imperio que se resistía a dejar de serlo, trance que resultaba particularmente difícil debido a los resentimientos acumulados y los agravios pendientes desde la guerra de independencia.

Por consiguiente, no es de extrañar que la brecha que separaba al ex virreinato y su antigua metrópoli se hiciera cada vez más profunda, como con-

secuencia tanto de los conflictos políticos internos de cada país como de las pugnas y los juegos de artificio entre las grandes potencias que se disputaban la hegemonía en el escenario mundial, cuyos intereses no siempre coincidían con los de mexicanos y españoles, quienes muchas veces eran los que resentían los impactos de tales choques —por sus relaciones con aquéllas—, viéndose forzados a subordinar su política exterior a los vaivenes de la geopolítica.

En este contexto, puede decirse que el rompimiento entre México y España fue el corolario de los intentos de Juárez por consolidar un gobierno nacional, para lo cual era urgente dotar a la Hacienda pública de los recursos necesarios para su funcionamiento, lo que explica su arriesgada decisión de suspender el pago de la deuda externa. En cuanto a España, parece evidente que su implicación en la intervención tripartita estuvo motivada por el afán de recuperar su papel como uno de los grandes poderes globales y reafirmar su dominio en el Caribe, aprovechando la coyuntura favorable que le brindaba la Guerra de Secesión estadounidense.

Lo antes dicho arroja luz sobre las razones por las que el alto mando español había previsto una posible intervención en México desde varios años antes de llevarla a cabo. Para ello, se valieron de la información de primera mano recopilada por sus agentes, gracias a la cual obtuvieron datos relevantes no sólo en cuanto al dispositivo de defensa que custodiaba las playas y la plaza veracruzana, sino también acerca de los caminos, ríos, puentes y senderos existentes entre el puerto, Xalapa, Córdoba, Orizaba y la Ciudad de México, lo que les permitió sopesar de forma más objetiva las posibilidades de éxito o fracaso de un futuro ataque.

Tal como sus predecesores durante el periodo virreinal —y particularmente en el último tercio del siglo XVIII—, los militares hispanos comprendieron que las condiciones climáticas y topográficas del vasto espacio entre la costa y el altiplano constituían uno de los factores primordiales que debían tenerse en consideración para planear el curso de las operaciones en caso de que se quisiera incursionar tierra adentro. Lo anterior, aunado a la posibilidad de que el conflicto escalara y provocara la intervención de Estados Unidos, explica la renuencia de los españoles para acompañar a los franceses en su decisión de avanzar a la Ciudad de México.

En este sentido, es posible afirmar que el paisaje veracruzano fungió como un elemento disuasorio que evitó el inicio temprano de las opera-

ciones bélicas y, en cierta medida, actuó como un aliado del gobierno de Juárez, pues los europeos sabían muy bien que al estallar las hostilidades sus tropas tendrían que enfrentar no sólo el fragor del combate, sino a enemigos tan temibles como las fatigosas temperaturas de la Tierra Caliente, un inmenso territorio apenas comunicado por carreteras semidestruidas, con ríos caudalosos, acantilados profundos y bosques tupidos, pero sobre todo, donde había sentado sus reales la fiebre amarilla, que podía diezmar los contingentes extranjeros con mucha mayor eficacia que las baterías colocadas en las alturas de El Chiquihuite y Cerro Gordo.

BIBLIOGRAFÍA

DELGADO LARIOS, Almudena

- 2009 “Justicia y relaciones internacionales: las relaciones hispano-mexicanas (1844-1863)”, *Anuario de Estudios Americanos*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Sevilla, vol. LXI, núm. 1, pp. 47-68.

FALCÓN, Romana

- 1996 “Intervención y retirada”, en *Las rasgaduras de la descolonización. Españoles y mexicanos a mediados del siglo XIX*, El Colegio de México, Ciudad de México, pp. 225-263.

GARCÍA Y PÉREZ, Antonio

- 1904 *Antecedentes político-diplomáticos de la expedición española a México (1836-1862)*, Imprenta de Eduardo Arias, Madrid.

LANDAVAZO, Marco Antonio

- 2018 “La reconquista, el príncipe y la isla: Gran Bretaña y el reconocimiento español de la independencia de México”, en Will Fowler y Marcela Terrazas (coords. y eds.), *Diplomacia, negocios y política. Ensayos sobre la relación entre México y el Reino Unido en el siglo XIX*, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, pp. 45-78.

LEMPRIERE, Charles

- 1992 “Notas sobre México en 1861 y 1862”, en *Cien viajeros en Veracruz. Crónicas y relatos*, t. VI, Gobierno del Estado de Veracruz, Ciudad de México, pp. 115-133.

ORGANIZACIÓN DE LOS ESTADOS AMERICANOS

- s. f “La Doctrina de Monroe (1823). Fragmento del Séptimo Mensaje Anual del Presidente Santiago Monroe al Congreso el 2 de Diciembre de 1823” [disponible en: <https://www.oas.org/sap/peacefund/VirtualLibrary/MonroeDoctrine/Treaty/MonroeDoctrineSpanish.pdf>].

- ORTUÑO MARTÍNEZ, Manuel
 2011 *El general Prim y la Intervención tripartita en México. Octubre de 1861-Mayo de 1862*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla.
- RODRÍGUEZ TAPIA, Andrea
 2018 “España sin América. Política y diplomacia frente a la secesión de los territorios americanos, 1823-1833”, tesis de Doctorado en Historia, El Colegio de México, Ciudad de México.
- RUIZ DE GORDEJUELA URQUIJO, Jesús
 2019 *Barradas: el último conquistador español. La invasión a México de 1829*, Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre las Revoluciones de México (INEHRM), Ciudad de México.
- SÁNCHEZ ANDRÉS, Agustín
 1999 “La diplomacia hispano-mexicana: de la intervención tripartita a la caída del imperio”, en Clara E. Lida (ed.), *España y el imperio de Maximiliano. Finanzas, diplomacia, cultura e inmigración*, El Colegio de México, Ciudad de México.
- SANTAMARÍA, Miguel y José María CALATRAVA
 1836 *Tratado definitivo de paz y amistad entre la Republica Mexicana y S.M.C. la Reina Gobernadora de España*, Madrid.
- SANTIRSO, Manuel
 2021 “Dinero transatlántico: plata y deuda entre México, Francia y España, 1835-1862”, *Nuevo Mundo / Mundos Nuevos*, École des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS), París.
- VARGAS MATÍAS, Sergio A.
 2019 “Una senda de plata y sangre. El camino militar de la vía por Xalapa del Camino Real de Veracruz, 1811-1816”, *Estudios de Historia Novohispana*, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, núm. 69, pp. 69-105.
 2020 “Señales en el tiempo: el proyecto de telegrafía óptica de Bonifacio de Tosta de la ruta por Xalapa del Camino Real de Veracruz, 1811-1820”, *Letras Históricas*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, núm. 23, pp. 111-142.
 2022 “Reduciéndolos a vivir en sociedad y todos juntos: guerra, pacificación y control en la ruta por Orizaba del Camino Real de Veracruz (1815-1821)”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, vol. 27, núm. 1, pp. 183-210.
- VILLAVICENCIO NAVARRO, Victor A.
 2016 “El monarquismo y los monarquistas mexicanos en el siglo XIX”, *Estudios*, Instituto Tecnológico Autónomo de México, Ciudad de México, vol. XIV, núm. 17, pp. 45-59.